

Sarita Giraldo Arenas
Historiografía Contemporánea del Arte
Septiembre 22 de 2021

Nobleza Obliga de Adrián Gaitán

Nobleza / Plebe, Burguesía / Clase media-baja, Ricos / Pobres, Elegante / Vulgar, son todas categorías que nos dividen en estratos sociales impuestos desde hace ya varios siglos. Estas clasificaciones se basan en diversos factores genéticos, políticos, culturales, entre otros, que son expresados tangiblemente a través de las posesiones materiales que unos ostentan y otros no, bienes que, en mi contexto particular, son aún asociados con la élite colombiana; sin embargo, ¿qué no son acaso estos muebles algo que hasta la gente “del común” puede también poseer? ¿qué tanto median estas posesiones en las relaciones de estatus en nuestra realidad social actual? Lo anterior se concibe desde nuestro tiempo presente, aquel teorizado por los historiadores Julio Aróstegui (2004) y Hugo Fazio (2018) cuando se refieren que lo presente se ve interceptado por el *pasado* como experiencia y por el *futuro* como expectativa, siendo lo *presente* “un régimen temporal abierto, (...) que no se ciñe a ninguna experiencia histórica en particular, que presupone la existencia de una multitud de estratos de tiempo que se corresponden con distintas formas de experiencias (...) que se presentan en los fenómenos que se despliegan en los distintos ámbitos sociales.”¹. Este presente abierto nos permite entender las relaciones de lo noble y lo proletario no sólo desde nuestro pasado sino desde lo que vivimos hoy en día y de lo que nos espera en un mañana que puede o no ser próximo.

La coexistencia de lo suntuoso y de lo modesto es una unión que pocas veces encontramos en nuestra cotidianidad sin que terminen siendo intentos tibios y disque filantrópicos de conciliar un estrato con otro. Sin embargo, esto se logra de manera bella, si se me permite la palabra, en la instalación *Nobleza Obliga* del artista caleño Adrián Gaitán, quien juega con estas categorías no por separado, sino articulándolas entre sí de manera ingeniosa a través de la materialidad, pero también logrando transmitir un mensaje que, en mi caso, fue de reivindicación de “los de abajo”.

Remitiéndonos a la exposición, al entrar a la galería nos enfrentamos, en un primer momento, con un papel de colgadura que resguarda la sala, cuyos patrones estilo Rococó recuerdan al papel tapiz que ponen en las paredes de locales comerciales como peluquerías o salones de uñas, que porque hacen ver “más elegante” el lugar. Lo curioso y valioso de esta especie de límite decorativo es que, al momento de acercarse, se evidencia que está hecho en un material burdo, una lona sintética usada por la clase obrera en su ámbito laboral, sobre todo en construcción. ¿Qué implica esto? Pues habría que ver toda la exposición para poderlo entender en su conjunto.

¹ Fazio, 2018, pp.29

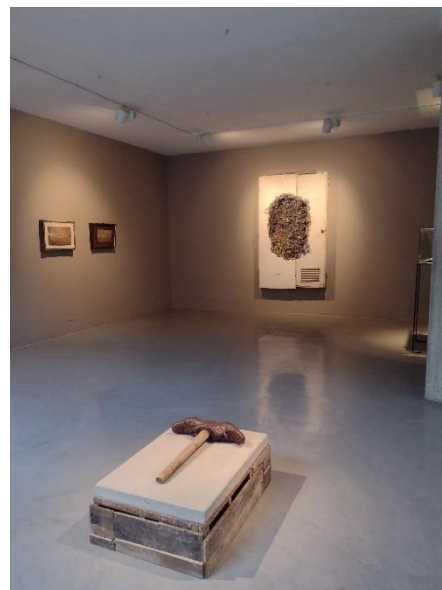


Al internarnos en este espacio, se disponen, espaciosamente, una serie de objetos que desconciertan por la forma en la que están fabricados y desarmados a la vez. Un piano realizado a partir de colchones con un aspecto sucio y desgastado nos recibe para dar paso a un candelabro conformado por diversas bolsas de té usadas; seguidamente, del lado izquierdo de la sala, una especie de gusano traído de la imaginación más macabra de Tim Burton nos atrapa en la inmensidad de aquel espacio para conducirnos a un gran espejo, con refinado marco, el cual está bloqueado por una enorme mina submarina que no hace sino recordarnos al temido Coronavirus con sus múltiples ramificaciones. Todos estos objetos que simulan



un mobiliario de la clase alta pero que están fabricados a partir de materiales tan comunes como la tierra y la lona transmiten un mensaje poderoso: hasta el material más común y corriente hace parte de la suntuosidad que crea apariencias donde se muestran objetos elegantes y refinados que a la final son tan corrientes como las personas que los poseen, eso sí, sin ánimo de generalizar. Este primer piso me transportó a un mundo ajeno al mío, no me identifico con el piano o el

la que que piso que de



Continuamos con el recorrido y llegamos al segundo de la galería donde se encuentran otra serie de objetos asocié más con una clase media-baja, con la cual me identificó más. Una pica rematada con un par de zapatos lustrados unidos por el talón abre el recinto hacia un mundo más sobrio, sin tanta ostentación, conformado por elementos como los tamices para cernir la arena de la construcción dispuestos en forma cuadros o pinturas de un museo, un colchón raído y en malas condiciones aprisionado entre madera,

la que que piso que de



y, finalmente, unas tazas de té unidas entre sí por ramas. Este espacio da la sensación de visibilizar, sin ser necesariamente la intención del artista, a las clases obreras que trabajan con los materiales de los que están fabricados los muebles del primer piso: la tierra, la arena, el cartón, entre tantos otros que son utilizados en la construcción de las imponentes mansiones de la élite o incluso de nuestros edificios residenciales, pero que son invisibles por no considerarse materiales nobles. Esta sala es una bocanada de aire fresco porque no me es ajena, como sí lo era la del piso inferior: se abre un mundo modesto pero real, próximo a lo que es pertenecer a una familia de raíces campesinas donde se habla sobre o se han visto este tipo de elementos cotidianos usados para arreglar la casa o para sembrar el antejardín; donde los zapatos elegantes unidos a esta pica me recuerdan a la lucha obrera, campesina, criolla que aún vivimos hoy en día: un

proletariado que busca encajar en la sociedad burguesa a través de sus zapatos lustrados pero que aún así reconoce sus virtudes de berraquera y empuje como clase media-baja.

En general, *Nobleza Obliga* visibiliza unas construcciones culturales que no son exclusivas del pasado, las cuales se convierten en “el instrumento imprescindible para entendernos a nosotros mismos. La cultura y, obviamente, su variabilidad misma, es el sustrato mediante el que podemos entender la relación intergeneracional, aquello por lo que podemos hablar de experiencias separadas que conforman historias comunes.”². Lo suntuoso que es aparente y lo modesto que es real son opuestos que aquí Gaitán logra articular, aunque, siendo honesta, dándole preponderancia a la clase media-baja. Los artefactos allí dispuestos y de la forma en que son expuestos me permiten identificarme con la problemática de estas diferencias de clases donde, a la final, se busca reivindicar lo que desde épocas coloniales y republicanas se nos ha negado por no tener un apellido digno o poseer el dinero suficiente para comprar un lugar dentro de la élite; nos remiten a la *memoria* propia como observador e incluso a la *memoria* que estos muebles poseen en sí mismos, las cuales son volcadas al presente como esas vivencias experimentadas que son “representadas, traídas a la mente y hechas allí presentes.”³

Referencias:

- Aróstegui, Julio. (2004). La historia vivida. Sobre la historia del presente. Madrid: Alianza Editorial.
- Fazio V, Hugo. (2018) Historia del tiempo presente y presente histórico. En: Historiografías, 15. Universidad de los Andes. pp.22-35

²Aróstegui, 2004, pp.207

³ Aróstegui, 2004, pp.64